

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación.

Revista Virtual



Historias de vida de Ludirlena; Nancy, Ángela y Óscar

Víctimas lideraron el Seminario internacional “Reparar a las víctimas de violencia sexual para superar la humillación permanente”

Kolbassia Haoussou, el africano que se robó el corazón de los afectados por abuso en el conflicto colombiano

“Las víctimas de violencia sexual de Colombia son mis hermanas y mis hermanos”, kosovar Shyhrete Tahiri

Isabel Ceto, descendiente de los mayas, habla de los efectos que causó en su pueblo el conflicto armado en Guatemala y analiza el caso colombiano

La decisión de vivir: un testimonio que nos impulsa a seguir adelante



Dirección UIA

Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección UIA Revista Virtual

Jairo Alfonso Barón Hernández

Redacción e investigación

Jairo Alfonso Barón Hernández

Lina Margarita Martínez

Paola Hernández Peñuela

Libardo Cardona Martínez

Video y fotografía

Valentina Rodríguez Montoya

Geraldinne Puentes Camacho

Diseño y diagramación

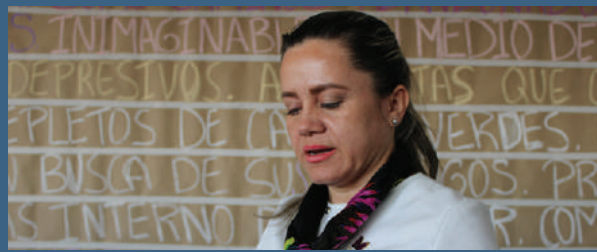
Diego Alba Patiño

Colombia

2023



Contenido



“Yo navegué en muchísimo odio, pero ya perdóné”, dice Ludirlena Pérez, abusada por guerrilleros y paramilitares

Página 2



Desde el primer taller organizado por la UIA mi vida tomó un rumbo distinto

Página 6



“He vivido demasiados episodios trágicos, pero veo la vida con optimismo”, afirma Nancy Chala

Página 8



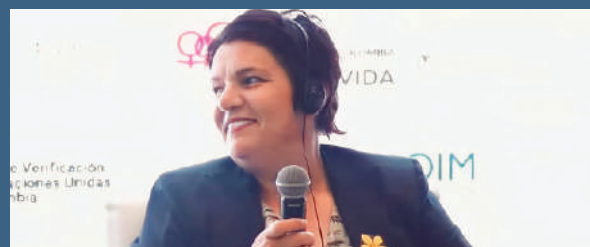
Víctimas lideraron el Seminario internacional “Reparar a las víctimas de violencia sexual para superar la humillación permanente”

Página 10



Kolbassia Haoussou, el africano que se robó el corazón de los afectados por abuso en el conflicto colombiano

Página 20



“Las víctimas de violencia sexual de Colombia son mis hermanas y mis hermanos”, dice activista kosovar Shyhrete Tahiri

Página 24



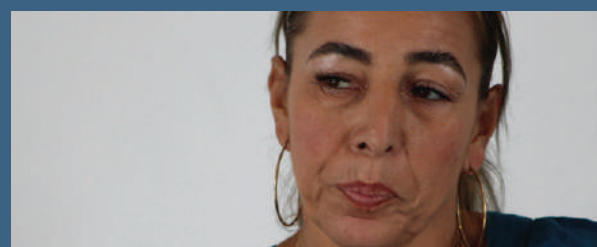
Entrevista con Isabel Ceto de Guatemala, descendiente de los mayas: “como en mi país, en Colombia puede haber revictimización”

Página 26



La decisión de vivir: un testimonio que nos impulsa a seguir adelante

Página 28



“Víctimas sentimos que hay una buena respuesta de la Unidad de Investigación y Acusación”

Página 30

Ludirlena Pérez, reflexiones de un ejemplo de mujer

“Yo navegué en muchísimo odio pero ya perdóné”



A las cosas por su nombre. Esa es una frase que repite constantemente Ludirlena Pérez Carvajal cuando habla de los dos eventos de violencia sexual de que fue víctima con ocasión del conflicto armado.

“Es necesario hablar las cosas y ponerles el nombre propio: lo que me hicieron fue una violación” por parte del frente 43 de las hoy pacificadas FARC cuando tenía 16 años, indicó Ludirlena en reciente entrevista con el Grupo de Relaciónamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Recién empezaba el milenio, Ludirlena y su amiga Mónica estaban de vacaciones en el municipio de Puerto Lleras, en el departamento del Meta. El padre de Mónica vivía en ese caluroso puerto sobre el río Ariari.

Para la época en que sucedieron los hechos –Ludirlena los ubica entre 2000 y 2001–, la guerrilla mandaba en Puerto Lleras y, por ejemplo, les tenía prohibido a sus habitantes cruzar el Ariari después de las seis de la tarde.

Ludirlena y Mónica no obedecieron.

Entonces un grupo de hombres de las FARC las abordó para castigarlas. “A Mónica –recordó Ludirlena– se la llevaron por el lado derecho y a mí por el lado izquierdo. No sé cuántas personas violaron a Mónica. A mí me violó una sola persona”.

Eran por ahí las seis y media de la tarde.

Después de que ocurrieron los acontecimientos atroces, los violadores dejaron ir a Ludirlena y a Mónica para la casa.

Aunque estaban sangrando y con la ropa destruida, en el camino ninguna de las dos moduló palabra. Ambas, sin embargo, tenían claro lo que había pasado: Ludirlena sabía que su amiga había sido violada y Mónica sabía que a su compañera de estudio le había ocurrido lo mismo.

“Las dos perdimos la virginidad ahí”, recalcó.

Al día siguiente, muy temprano, Ludirlena y Mónica dejaron Puerto Lleras y se fueron para la población de Granada, también en el Meta.

“Mónica siguió yendo a estudiar unos días y a los tres meses se suicidó”, contó Ludirlena, quien advirtió que más de 20 años después no ha podido superar lo que le pasó a su amiga.

“Sentí que yo era la única culpable. Sentí que pude haber hecho mucho si hubiera roto el silencio”, agregó Ludirlena, de 37 años y quien es madre de cuatro hijos: dos biológicos y dos adoptados.

Los padres de Ludirlena se enteraron de lo que sucedió en Puerto Lleras unos años después cuando su muchacha fue de nuevo abusada sexualmente. Los mal llamados grupos paramilitares fueron los agresores en esa segunda oportunidad.

“El 12 de diciembre de 2004 (la violación) fue con paramilitares. Fue cuando viví el empalamiento. Fue algo tan cruel que no lo logra imaginar nadie. Mucho menos imaginable es el impacto que tiene en la vida de quienes lo vivimos y las secuelas con que uno queda.

“Los paramilitares me acusaron de ser informante de las FARC porque mi familia vivía en (los municipios de) Lejanías y El Castillo, Meta.

“Eso fue en Casibare, al pie de Puerto Lleras.

“Eso fue en la cancha. Me llevaron a las ocho y media de la mañana y tuve razón de lo que estaba pasando por ahí hasta las cinco y media de la tarde.

“Fueron cuatro personas. Fueron cuatro paramilitares los que me empalaron. Solo uno me violó. Me decían que (me estaban violando) por estar dando coordenadas, por estar informando, que yo había llegado a ese caserío para tener informados a los guerrilleros.

“Y eso jamás en la vida. Yo había llegado allí a buscar el mínimo vital para mí y para mi familia.

“De esa violación quedé en embarazo.

“Acababa de cumplir los 19 años. Tenía mucho dolor, mucha vergüenza, mucho enojo, mucho desprecio por la sociedad, por ser mujer. Sentía un peso enorme sobre mis hombros y que no podía dar un paso más.

“Y, como si todo eso fuera poco, el tema de Mónica en mi cabeza. Desde siempre Mónica nunca se ha quitado de mi cabeza. Pensar que (con su suicidio) se apagaron sus sueños, sus ilusiones...

“Mónica era una chica muy callada. Tenía un problema en sus ojos y por eso utilizaba unas gafas muy gruesas. Tenía un corte de cabello como una carioca, que es una gallina. Nosotros le decíamos con cariño ‘la Carioca’.

“Ella era muy inteligente, muy juiciosa, muy hogareña. Una chica que tenía muchas ilusiones. Ella, no lo dudo, está en el Cielo. Se lo merece.

“Entonces, ante todo esto, intenté suicidarme. Compré un veneno que se llama Campeón, que es para las ratas, y me lo tomé.

“Desperté en un hospital. Después de que me salvaron, empecé una lucha por buscar mi verdad”.

La primera verdad que encontró Ludirlena era que tenía que vivir, que no podía intentar de nuevo quitarse la vida.

Estaba en una clínica mental de Villavicencio, muy dopada, y de pronto escuchó en la radio la voz de una mujer que había sido víctima de violencia sexual y que invitaba a denunciar a todas aquellas que habían pasado por lo mismo.

“Nunca supe el nombre de esa mujer, pero le debo la vida”, añadió Ludirlena, quien de inmediato le hizo una propuesta a su médico de cabecera, el doctor Galeano:

–Doctor, déjeme salir por 15 días...

–¿Para qué? Le garantizo que en una o dos semanas vuelve a estar aquí–, le respondió el médico con la mejor fe del mundo.

–Si me deja salir, le garantizo que no vuelvo a pisar la puerta de esta clínica–, insistió ella.

Y así fue. Ludirlena le ganó el pulso a la vida y al doctor Galeano, quien fue el más feliz con la recuperación de su paciente preferida.

De inmediato, Ludirlena y su madre abandonaron el Meta y se fueron para la población cundinamarquesa de Fusagasugá.

No tenían una moneda en sus bolsillos.

En Fusagasugá, en realidad, no pegaron. Entonces el peregrinaje de las Pérez Carvajal continuó para La Dorada, un importante municipio del departamento de Caldas sobre el río Magdalena.

“La Dorada me adoptó de una”, enfatizó.

Apenas llegó a La Dorada, Ludirlena se enroló en una organización que fue clave en su vida: Asofades o la Asociación de Familias Desplazadas.

“Entonces –subrayó Ludirlena– empecé a navegar en ese mundo de mis derechos. Luego me dio por participar en las brigadas de la Defensoría del Pueblo. Y algo muy importante: me di cuenta de que Asofades no tenía procesos para mujeres”.

Fue así como desde 2009 Ludirlena empezó a trabajar por las mujeres de Caldas *“para dignificar nuestras voces”*. De ahí nació Gestionando Paz, una organización que ayuda a mujeres víctimas del conflicto armado.





A través de Gestionando Paz, observó Ludirlena, *“se ha podido visibilizar en Colombia lo que es el empalamiento, lo que es la ablación (o la extirpación ritual del clítoris), lo que es el canibalismo y lo que son nuestros hijos e hijas”* nacidas como consecuencia de violaciones sexuales.

Tras 10 años de un arduo y silencioso trabajo, la obra de Ludirlena y de sus compañeras empezó a trascender. Por eso, en 2019, en representación de Caldas, fue reconocida con el Premio Cafam a la Mujer.

–¿Qué significó para usted haber sido ganadora del Premio Cafam a la Mujer?

L.: Ese premio trajo una oportunidad magnífica y fue la visibilidad que tuvimos como organización y como mujeres. También se nos dio una contribución económica que nos sirvió mucho para la organización.

–¿Cómo hace uno para perdonar tanto daño?

L.: Yo navegué en muchísimo odio pero ya perdoné (...) Vi que en la vida había tenido mucho dolor...

–Por ejemplo...

L.: Como cuando intenté suicidarme, cuando les hice tanto daño a mi madre y a mi familia al tenerme que ver en las circunstancias en que quedé, cuando me levantaba todos los días a recordar a quienes me habían violentado.

–Y...

L.: Entonces un día entendí que el perdón era la mejor opción de vida para mí. Decidí perdonar para avanzar y tomar el timón de mi vida.

–¿De dónde salió tanta tenacidad?

L.: Todos mis procesos han sido llenos de tenacidad. Tal vez por la verraquera que mi madre me enseñó. Ella vive conmigo en La Dorada. Ha sido un ejemplo de perseverancia, de lucha, de resiliencia. Mi madre fue una mujer que muchas veces dejó de comer por darnos esa comida a nosotros.

–En medio de tanto problema, ¿logró estudiar?

L.: Yo retomé mis estudios en La Dorada. Entonces empecé a tratar de terminar lo que se había dejado. Al final me hice profesional en seguridad y salud laboral.

–¿Cuál es el logo de su organización?

L.: Es una paloma que en sus alas lleva el rostro de una mujer, porque la paz tiene nombre de mujer.

–¿Sus hijos ya saben su historia de dolor?

L.: Claro. Todos ellos un juegan un papel en este partido. Unos defienden, otros atacan, otros crean.

–¿Y quién es Messi en ese equipo?

L.: Yo soy Messi, desde luego (risas).

“Desde el primer taller organizado por la UIA mi vida tomó un rumbo distinto,”

dice hombre víctima de violencia sexual de la Costa Caribe

Unos 20 días antes de que los mal llamados grupos paramilitares perpetraran la masacre de Capaca, en el municipio bolivarense de Zambrano, Óscar ya había sufrido en carne propia los horrores del conflicto armado colombiano.

Para la época en que fue víctima de violencia sexual -julio o agosto de 1999-, Óscar vivía con lo que le quedaba de su familia en la vereda Cachipay del puerto de Plato, en el departamento de Magdalena.

Sus padres ya habían muerto y su hermana mayor se había hecho cargo de él y de su hermano menor.

“Mi infancia fue buena hasta que se metió la cuestión de la violencia, porque hubo desplazamientos, maltratos y cosas así”, indicó Óscar, hoy de 42 años y quien recuerda su niñez rodeado de cultivos de maíz, yuca y ñame.

En entrevista en Montería con el Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP, así narró Óscar lo que le sucedió esa aciaga tarde de 1999:

“En la zona había presencia de grupos (armados ilegales) y mi hermano y yo, como éramos campesinos, laborábamos en el campo”.

“Esa tarde venía un grupo armado –no supimos en ese momento si eran guerrilleros o paramilitares– y nos tomó a mi hermano y a mí, que éramos menores todavía. Yo iba a cumplir 18 años”.

“Nos hablaron del tema de unos animales, que los necesitaban para un cargamento, que necesitaban que alguien regresara esos animales hasta el lugar donde ellos posaban”.

“En algún momento dijeron: ‘De aquí ya se regresan’. Ya era tarde, estaba cayendo la noche, y no sabíamos cómo regresar porque estábamos montaña adentro. Entonces nos mandaron con cuatro sujetos de ellos”.

“De regreso, en la mitad del camino, uno de ellos se paró y nos dijo: ‘Quédense ahí’. Total que dos cogieron a mi hermano y se lo llevaron para un lugar, y los otros dos me tomaron a mí y me llevaron para otro lugar”.

“Ahí fue donde hicieron con nosotros lo que quisieron. Nosotros estábamos

impotentes. Lo que único que hacíamos era clamar para que no hicieran eso con nosotros. Les dijimos que nosotros no éramos personas malas, que éramos muchachos de bien”.

“Eso duró de una hora a hora y media”.

“(Los violadores) nos sacaron al camino real, como lo llama uno, y ahí sí nos dijeron: ‘Como digan algo, se mueren ustedes y su familia’”.

“Nos fuimos para la casa llorando. Mi hermano me contó lo que le habían hecho y yo le conté lo mismo”.

“Nosotros no dijimos nada hasta el 16 de agosto (de 1999) cuando hubo la masacre de Capaca”.

Ese día, en efecto, paramilitares del autodenominado bloque Montes de

María iniciaron un recorrido de muerte por el mencionado corregimiento de Zambrano y lo hicieron extensivo por Bongal y Campo Alegre.

El saldo trágico de la incursión paramilitar: 12 personas asesinadas y cuatro más desaparecidas.

A unos 40 minutos de allí vivía Óscar.

Apenas ocurrió la masacre, Óscar y su hermano le revelaron a su hermana mayor lo que les había sucedido días antes con los cuatro guerrilleros del frente 35 de las FARC.

Entonces los tres decidieron venirse para la cabecera municipal de Plato “a empezar de cero”, con el peso de la violación encima y con la amenaza de muerte de los victimarios.

–¿Qué tanto cambió su vida después de la violación?

–Totalmente, porque es algo que lo marca a uno para siempre. Uno empieza a aislarse de la sociedad por miedo al rechazo, a críticas, a ese tipo de cosas.

–¿Ustedes le contaron a alguien lo que les sucedió?

–No, eso prácticamente quedó en familia.

–¿Usted volvió a ver a los guerrilleros que los violaron?

–Es posible. Lo que pasa es que uno por temor no se atrevía a mirarles bien el rostro a esas personas.

–¿A qué se dedicó usted cuando llegó a la cabecera municipal de Plato?

–Como ellos (los guerrilleros) siguieron mandando en la zona, mi hermana decidió mandarme para Venezuela. Resulta que los guerrilleros querían reclutarnos a mi hermano y a mí. Eso eran mensajes y visitas constantes de la guerrilla. Entonces, como por parte de mi papá tenemos dos hermanos en Venezuela, mi hermana hizo contacto con ellos y me envió para allá.

–¿Y qué pasó después?

–Yo regresé de Venezuela en 2007. Mi hermana me dijo que terminara el bachillerato. Terminé el bachillerato y me quedé en el pueblo trabajando en lo que resultara.

–¿Qué es de su vida hoy en día?

–Actualmente vivo con mi compañera. No tenemos hijos. Ella está en un tratamiento de fertilidad.

–¿Su compañera sabe lo que le pasó a usted?

–No, porque es algo que para uno fue humillante.

–¿Todavía piensa en lo que le pasó?

–Muy poco.

–¿Cómo llegó a la JEP?

–En un evento que hubo en Turbaco, en 2021. Un muchacho conocido nos invitó a ese evento.

–¿Cómo le parecen los talleres que organiza la JEP para las víctimas?

–Buenísimos, porque te dan valor para seguir adelante. Los talleres lo motivan

a uno para vencer el estigma (del abuso sexual). Desde el primer taller, en Turbaco, mi vida tomó un rumbo distinto y ha seguido teniendo un rumbo distinto. Hoy (de Montería) me voy super mejor. Llegará el día en que todo volverá a ser normal para mí, sin temores.

–¿Qué opina del proceso de paz que sellaron el Gobierno nacional y las FARC?

–Yo pienso que ese es el mejor camino, porque si no hay paz nunca se va a acabar el conflicto.

–¿Siente odio por lo que le pasó?

–Odio como tal no, pero sí resentimiento. A uno le quedan secuelas que son difíciles de sacar, pero que se sanan con el tiempo y con la ayuda de Dios.

–Si pudiera hablar con los hombres que abusaron de usted y su hermano, ¿qué les diría?

–Que si no lo han hecho, que se arrepientan, y que no sigan por la vida causándole daño a la gente. El que causa daño a otro, también se hace daño a sí mismo.

–¿Qué fue de la vida de su hermano?

–El ahorita trabaja en el Cesar. Él creo que estuvo internado un mes en una clínica psiquiátrica.

–Y eso...

–Él creo que, por la impotencia misma de no haber podido hacer nada (cuando la violación), se volvió agresivo. Incluso a mí también me ha pasado lo mismo, pero lo he sabido manejar mejor.

–¿A qué se dedica actualmente?

–Después de la pandemia todo ha sido difícil. Ahora estoy en lo que resulte, en el rebusque.

–¿Cómo se define usted?

–Como un ser humano extraordinario, con un corazón enorme. Y un consejo: hay que perdonar, porque si usted no perdona, siempre va a vivir mal. Hay que perdonar para que Dios lo pueda ayudar a uno.

El drama de Nancy Chala comenzó cuando tenía nueve años:

“He vivido demasiados episodios trágicos, pero veo la vida con optimismo”,



Nancy Chala tiene una mirada serena y una sonrisa franca, ve la vida con optimismo y en todo momento habla de brindarles apoyo a mujeres que han sido víctimas de la violencia.

“Sueño con que las demás mujeres, las jóvenes y las niñas no tengan que pasar por las circunstancias que yo tuve que pasar cuando fui niña”, dice.

La vida no ha sido fácil para Nancy Chala.

A lo largo de sus 44 años ha enfrentado la pérdida de un hijo cuando huía como desplazada por un río en las selvas del Putumayo; la desaparición forzada de un hermano a manos de paramilitares –que también abusaron de dos hermanas–; su secuestro y reclutamiento forzado por parte de un miliciano; el asesinato del padre de sus hijos menores, y, lo peor –enfatisa–, la violación de otro hijo, un recuerdo que finalmente logra arrancarle lágrimas.

“Soy una luchadora, porque soy como una abogada sin tener el título de abogado. Soy una persona que quiere gritar, que quiere exponer las necesidades de su comunidad, de las mujeres. Así soy yo”, recalca.

Nancy Chala nació en El Paujil, Caquetá. Cuando tenía seis años sus padres se separaron. Entonces tuvo que enfrentarse a una niñez muy dura por causa de la violencia que azotó la región del Putumayo a donde se mudó a vivir con su madre.

“Cuando tenía nueve años fui secuestrada. Ahora lo sé. En ese tiempo no entendía lo que me pasaba. Era doloroso, pero como niña no lo entendía. No alcanzaba a entender lo que me estaba pasando. Fui secuestrada por un colaborador de la guerrilla, un hombre que los transportaba (a los guerrilleros) en canoas por el río Piñuña Blanco y el río Putumayo”.

“Ese hombre pensaba tenerme como su mujer. Obviamente, al principio, no perpetraba su hecho (o abusaba de ella) como tal porque era muy niña. El caso es que, cuando tuve 11 años, quedé embarazada de ese secuestro. Ese hombre (su secuestrador) me golpeaba. Fueron unos tiempos muy duros para mí”, recuerda.

De ese secuestro y abuso, Nancy Chala tuvo dos hijos aún sin haber cumplido 13 años. Cuenta que el padre de sus dos hijos le quitó al mayor de los niños, quien, ahora como adulto, con 33 años, no le dirige la palabra.

“Él no me considera como su madre, cosa que es muy doloroso para mí”, asegura.

Pero a principios de los 90, Nancy Chala logró salirse de la montaña, se escapó de su abusador y buscó rehacer su vida con otra pareja que resultó ser víctima de los paramilitares.

“Lo obligaron a cavar una fosa, lo arrodillaron y le dispararon delante de uno de mis hijos, quien en ese entonces tenía apenas siete años. También tuvo que presenciar cómo asesinaban a su padre”, revela.

Por ese entonces, junto con su madre, sus cinco hermanas y su hermano (todos menores que ella), Nancy Chala vivía en zona rural de San Pedro, Putumayo. Fue por esa época en que se recrudeció la violencia en esa zona del país y la población civil quedó en medio del fuego cruzado de guerrilleros y paramilitares.

Dice Nancy Chala que por esa situación se rompieron los lazos de las familias que habitaban entre la zona urbana y la zona rural. Quienes vivían en el pueblo, los guerrilleros los consideraban como colaboradores de los paramilitares. Y viceversa: a los campesinos, los paramilitares los consideraban como colaboradores de los guerrilleros.

Nancy Chala salió desplazada de la finca en la que vivía en San Pedro llevando consigo a los cuatro hijos que en ese entonces tenía.

Subieron a una canoa para viajar por un caño y fue en ese momento que se enfrentó a otra tragedia: la embarcación zozobró y el más pequeño de sus hijos, que iba a cumplir tres años, se ahogó.

“Mi hijo murió el 26 de noviembre del (año) 99, más o menos a las cuatro de la tarde. Me quedé buscándolo en las aguas del río. Gracias a Dios lo encontré y me tocó enterrarlo en la finca donde vivíamos”, agrega. “A lo largo de estos años me han pedido el certificado de su muerte, pero no lo tengo porque de allá tuvimos que salir corriendo”, añade.

Además, como un grupo guerrillero quería reclutar a dos de las hermanas y al hermano de Nancy Chala, ellos también huyeron como desplazados. Pero al llegar a San Pedro los paramilitares las violaron a ellas y a él se lo llevaron y desde entonces está desaparecido.

“Eso fue en el año 2000. Mi hermano tenía 16 años. No sabemos nada de él. Él se llamaba Reinaldo o se llama, si está vivo, porque como no lo hemos encontrado. La esperanza es que esté vivo. Reinaldo González Chala”, explica Nancy Chala, en entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Cuando refiere cada una de las situaciones infortunadas que ha enfrentado a lo largo de su vida, Nancy Chala sostiene su mirada serena, su hablar pausado y mantiene el tono de su voz.

Pero su voz se quiebra cuando habla de la violación de su hijo.

“Es horrible. Ha sido muy duro para mí, porque es como vivir un infierno. Mi hijo ha sufrido secuelas en su salud física y emocional. En dos ocasiones ha intentado suicidarse. He tratado de ayudarlo de todas las formas. Ese ha sido el episodio más duro de mi vida. Hablo del tema, pero no quiero ahondar en eso”, advierte Nancy Chala, en medio del llanto.

Nuevo rumbo

Agobiada por el espiral de violencia de la que siempre ha sido víctima, Nancy Chala decidió salir del Putumayo. Le rogó al conductor de un bus intermunicipal que la llevara a Cali, así fuera de pie, porque solo tenía la mitad del valor del pasaje.

A la capital del Valle del Cauca llegó en el año 2000. No sabía leer ni escribir. No tenía dinero y estaba embarazada. No tuvo otra alternativa que pararse en un semáforo para pedir ayuda y vivir de la caridad.

En una ocasión, en condición de desplazada y mientras participaba en el SENA en un curso sobre agricultura, se cruzó en el camino de un ingeniero que le ofreció empleo en el municipio de Ginebra para cuidar una finca.

“Allá me encontré a personas muy lindas”, sostiene.

En ese municipio se convirtió en lideresa de una asociación de mujeres campesinas y empezó a aprender a leer y escribir como autodidacta, apoyada en una vieja cartilla de kínder.

“Recordaba que de niña soñaba con ser abogada, con ser alguien importante. Entonces me dije: ‘Tengo que al menos aprender a escribir mi nombre’. Y me puse en esa tarea. Me acuerdo de la cartilla, la Nacho Lee, y en mi mente digo la m con la a, ma”.

“Aprendí y ahí cargo mi agenda y apunto todo. Organizo los días, las semanas y los meses. Sé que las demás personas leen de corrido y yo no, pero me siento contenta de haberlo logrado”, asegura, mientras sonríe con optimismo.

Y agrega que se siente afortunada porque Dios le ha dado la oportunidad de ser lideresa y de ayudar a otras personas. Vuelve a sonreír y dice que ha perdonado a quienes le hicieron daño y, sobre todo, que se ha perdonado a sí misma.

“Lo que pasa es que cuando somos víctimas, creemos que estamos abajo. Que todo lo que nos pasó fue culpa de nosotros y que el mundo es cruel. Entonces, haber aprendido a perdonarme me ayudó a perdonar por el daño que me hicieron. También a perdonarme por el daño que les hice a mis hijos, porque yo no era una madre amorosa con ellos”, asegura, mientras respira profundo y reflexiona por unos instantes en silencio.

Entonces dice que aprender a perdonar fue la antesala para contarles a sus hijos lo duro que la vida la ha tratado y emprender la tarea de encontrar y ayudar a otras víctimas de violencia sexual que viven en Ginebra y que se negaban a denunciar sus casos.

Y cuando habla de perdonar, también menciona el Acuerdo Final sellado entre el Gobierno nacional y las otrora FARC, de los beneficios que representa para alcanzar la paz del país y de la importancia que significa para que no se repitan historias como la de ella en las nuevas generaciones.

Por tal razón, recalca, mantiene su confianza en un futuro mejor.

“Veó un futuro bonito, porque otras mujeres en el pasado lucharon por nosotras, como las que murieron hace más de un siglo en una fábrica en Estados Unidos o la misma Frida Kahlo, que fue una mujer que sufrió, pero fue una mujer verraca. La Pola también. Entonces yo no veo el futuro para quejarme. Hemos sufrido, pero atrás ha habido otras que han abierto el camino para nosotras. Nosotras, las víctimas de acá, también tenemos que ser ejemplo para las niñas y las jóvenes de hoy”, concluye, con optimismo.



Víctimas lideraron el Seminario Internacional “Reparar a las víctimas de violencia sexual para superar la humillación permanente”: Identificación del daño y propuestas de reparaciones tempranas.



En este evento, las víctimas compartieron con representantes del Gobierno nacional, instituciones y la comunidad internacional hallazgos sobre la identificación de daños e impactos de la violencia sexual en el conflicto armado colombiano.

También las víctimas presentaron la propuesta de reparaciones tempranas, como la atención en salud, educación y arte, y reiteraron la centralidad que tienen en la justicia y en la implementación del Acuerdo Final de Paz.

En su intervención, el director de la Unidad de Investigación y Acusación Giovanni Álvarez Santoyo le solicitó a la Magistratura de la JEP la apertura de un macro caso para investigar de manera priorizada los crímenes sexuales perpetrados con ocasión del conflicto armado colombiano.

El fiscal jefe de la JEP hizo pública su solicitud ante el Alto Comisionado para la Paz, Danilo Rueda; el Representante Especial del Secretario General y Jefe de la Misión de Verificación de la ONU en Colombia,



Carlos Ruiz Massieu; la coordinadora nacional de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales, Ángela María Escobar; el presidente de la JEP Roberto Carlos Vidal; el ministro de Justicia Néstor Osuna, y más de 300 víctimas que llegaron al encuentro desde todas las regiones del país.

“Esta es una sociedad herida que tenemos que sanar”, recalcó Álvarez Santoyo.

Por las víctimas, entre otras, la palabra la llevó la activista Ángela María Escobar, quien sostuvo que es urgente “erradicar la violencia sexual de las guerras y de las casas”.

Para que eso suceda y se venza a la impunidad, observó Escobar, “se necesita que la JEP abra el macro caso, tal como quedó incluido en el Acuerdo Final, como un delito autónomo y específico”.



En palabras de Escobar, las víctimas de violencia sexual “tenemos el reto de lograr que el Estado y la sociedad asuman su responsabilidad en la persistencia de la violencia sexual en las guerras, y entonces también nos reparen a nosotras las víctimas”.

Durante el “Conversatorio Comunidad Internacional: Centralidad de las Víctimas en la Construcción de la Paz”, que fue conducido por la ex viceministra de Exteriores y embajadora Laura Gil, el activista chadiano Kolbassia Haoussou fue generoso en sus comentarios con nuestro país y

observó que “podemos aprender mucho del proceso de Colombia”, y no dudó en afirmar que este “se puede aplicar a otros países”.

De acuerdo con Esther Dingemans, directora ejecutiva de Global Survivors Fund, “es inspirador ver cómo han avanzado las sobrevivientes” o las víctimas de violencia sexual, y “cómo han cambiado muchas cosas en Colombia”. También hizo énfasis en que “todo nuestro trabajo (en Colombia) se realiza con los sobrevivientes de principio a fin”.







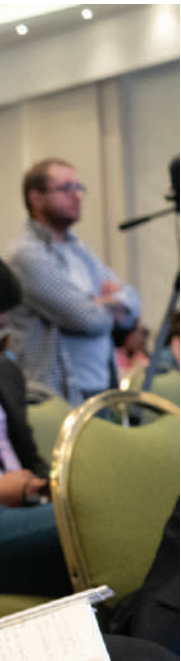
Asimismo, Juliette de Rivero, representante en Colombia del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos, indicó que *“las luchas de las víctimas (de violencia sexual) son las que nos sirven a nosotros de ejemplo y de norte. Estas son luchas permanentes. Hay que construir sobre lo positivo (...) Sin las víctimas no tendríamos un proceso de paz tan robusto”*.

Por último, en el mismo conversatorio, Fernando Medina Donoso, de la OIM, insistió en que las víctimas deben estar en el centro de cualquier proceso porque, según dijo, *“eso ayuda a la visibilidad y a la resiliencia”*.

“Estamos orgullosos del apoyo y queremos seguir haciéndolo”, les dijo Medina Donoso a las víctimas.







Kolbassia Haoussou,

el africano que les habló de reparación y de superación a las víctimas de violencia sexual en el país



“Fui víctima de violencia sexual. Como hombre no es aceptable decir eso. Vengo de una cultura muy tradicional. Incluso hablar del tema hizo que me persiguieran”.

Las palabras las pronunció Kolbassia Haoussou, un sobreviviente de la guerra en Chad, durante un encuentro con víctimas provenientes de la Costa Caribe de Colombia.

El 15 y 16 de junio pasados, en Montería, la capital de Córdoba, el equipo de género de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP organizó un taller en el que Haoussou y la activista kosovar Shyrete Tahiri intercambiaron experiencias e historias con víctimas colombianas de violencia sexual y reclutamiento.

Muchos de los presentes en el taller ya se conocían. Es más, todos estaban familiarizados con relatos de violencia sexual en el contexto de la guerra, que comienzan con palabras como “éramos”, “fuimos”, “estábamos” y “teníamos”.

Pero ninguna de las víctimas presentes había conocido a un musulmán proveniente de Chad, un país catalogado como el corazón de África, y mucho menos a una víctima de tortura y violencia sexual extranjera.

Haoussou es vocero o campeón de la iniciativa para la Prevención de la Violencia Sexual en los Conflictos (PSVI), creada por el gobierno del Reino Unido para acabar con este flagelo presente en las guerras del mundo.

Su misión es defender y proteger a las víctimas de violencia sexual en los conflictos.

Vino a Colombia, junto con otras víctimas internacionales, a acompañar a la Unidad de Investigación y Acusación en la conmemoración del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia Sexual en los Conflictos, que se celebró en Bogotá el pasado 19 de junio con el Seminario Internacional “Reparar a las Víctimas de Violencia Sexual para Superar la Humillación Permanente”.

Con el acostumbrado calor sabanero, Haoussou y las víctimas procedentes de Bolívar, Magdalena, Sucre, Córdoba y Atlántico estuvieron dos días hablando sobre el trauma y el estigma, pero sobre todo del significado de la justicia desde la centralidad de las víctimas.

Así que, sin titubeo ni timidez, las víctimas presentes –hombres, mujeres y personas trans– observaron atentamente a Haoussou, quien destaca por ser un hombre alto, mucho más alto que el promedio de los hombres colombianos.

Agotado pero sereno, el activista africano se presentó ante las víctimas: *“Soy Kolbassia Haoussou, soy de Chad. Ahora vivo en Londres y soy sobreviviente del conflicto armado en mi país”*.

Detrás de él, las víctimas podían ver en la pantalla un mapa de África y en la mitad, en el corazón, un punto rojo que señalaba a Chad, una nación atravesada por el Sahel y el Sahara, sin salida al mar.

Chad ha estado en guerra desde su independencia, en 1960.

Su padre, al igual que muchos colombianos víctimas, fue perseguido y tuvo que huir de su tierra.

Sin su padre, y al cuidado de su abuela, Haoussou experimentó el destierro desde muy joven.

Durante cinco años –según contó a Amnistía Internacional– vivió en carpas y baños portátiles en un campamento para refugiados.

Un cese al fuego coordinado por las Fuerzas de Paz o Cascos Azules de Naciones Unidas le devolvió la esperanza y regresó a su país.

Las Fuerzas de Paz de Naciones Unidas tenían la misión de proteger a los ciudadanos de las balas y la hambruna.

Haoussou y su primo no encontraron esa protección. En lugar de recibir comida y apoyo fueron violados por las Fuerzas de Paz de Naciones Unidas.

Las víctimas colombianas se sorprendieron al escuchar cómo un hombre africano, diferente a ellas, también tenía una historia con verbos conjugados en pasado que revelaban una identidad golpeada por la violencia.

Ese extranjero, poco a poco, se fue convirtiendo para las víctimas

asistentes al taller en un hermano, en ese familiar entrañable con el que cualquiera se reconoce en su mirada y en su forma de andar por el mundo.

Él y ellas tenían en común haber sufrido el estigma de ser víctimas de violencia sexual. Haoussou les recordó que *“es la comunidad la que fomenta el estigma”*.

En su concepto, *“es importante abrazar a la comunidad y que la comunidad también nos abrace a nosotros y nos acepte tal como somos”*.

Para las víctimas colombianas, la violencia sexual no solo destruyó sus cuerpos. También la capacidad de amarse a sí mismos, de confiar en el otro, de alzar la voz.

Cuando el lenguaje falla, el cuerpo habla. Eso llevó a que Haoussou y las víctimas colombianas se comunicaran a través de miradas, silencios y gestos corporales.

“Es importante ser consciente de quiénes son ustedes”, agregó Haoussou. *“No olviden que hay personas que tienen miedo de quienes son ustedes y de lo que pueden lograr”*, añadió.

Las víctimas en la sala se reconocieron en sus palabras.

Cuestionarse sobre el significado de la justicia y su alcance fue un proceso largo y tormentoso para Haoussou. En su país todas las instituciones le fallaron, incluso Naciones Unidas.

Cuando alzó la voz, cuando protestó contra su Gobierno, contra Naciones Unidas, fue perseguido y, sin cargo alguno, fue encarcelado durante más de siete meses, según narró Haoussou al semanario inglés *The Economist*.

En medio de los charcos de sangre que adornaban el piso de su cárcel compartida, de los gritos de martirio que resonaban en las paredes y de las heridas dejadas por las constantes torturas que recibía, Haoussou comenzó a cuestionar el concepto de justicia.

“¿La justicia va a restaurar la vida que he perdido? ¿Va a restaurar el estigma que viví como sobreviviente? ¿La justicia realmente me dará lo que necesito para seguir con mi vida, para seguir adelante?”, les preguntó Haoussou a las víctimas colombianas.

Violentado, perseguido y torturado, Haoussou comprendió que la

justicia que él necesitaba no la iba a obtener en su país. Entonces -de acuerdo con el testimonio que le entregó a Amnistía Internacional- en un barco e indocumentado huyó hacia Inglaterra.

En ese momento, para Haoussou la justicia era proteger su vida. Era obtener un estatus de refugiado. Quizás por eso les recomendó a las víctimas colombianas:

“Entender qué queremos en términos de justicia y cómo esto puede mejorar nuestras vidas (...) Cómo nos va a ayudar a avanzar y poder vivir una vida llena de dignidad y respeto”.

En ese momento, Haoussou recorrió con su mirada el salón y, pausadamente, como si no quisiera que la traductora malinterpretara sus palabras, dijo:

“Sus historias los vuelve expertos en soluciones para las víctimas. Ser vocero implica sentarse en la mesa donde se toman decisiones y saber cuáles son sus necesidades, soluciones y recomendaciones”.

De inmediato hizo una pausa y esperó que la traductora hiciera su trabajo.

Atentamente, las víctimas tomaron nota, como si estuvieran en una clase magistral de cómo convertir el dolor y el trauma en herramientas de reparación y justicia.

Una de las víctimas levantó su mano y preguntó: “¿Cómo se logra llegar a la mesa donde se toman decisiones?”.

Haoussou sonrió. Relató que huyó de su país y que, apenas pisó suelo británico, “terminé en la cárcel, en un centro de detención y querían deportarme”.

Con todo en su contra, con una justicia esquiva y foránea, Haoussou comprendió que la fuerza de su voz no era suficiente para alcanzar la justicia que tanto necesitaba.

Fue así como creó la única red de activistas dirigida por sobrevivientes de tortura del Reino Unido, que cofundó en 2007 con el apoyo de Freedom from Torture.

Haoussou recobró la esperanza y su fuerza en lo colectivo. Se volvió a encontrar en las voces e historias de otras víctimas que, como él, también cargaban en su piel las huellas del estigma y del trauma de la guerra.

“Lo colectivo es lo importante”, enfatizó Haoussou, “porque si somos de diferentes grupos, pero estamos juntos de forma colectiva, tenemos mucha más fuerza”.

En la historia de Haoussou, la justicia se construye y se alcanza con los otros. La justicia que las víctimas necesitan, según la experiencia de Haoussou, se materializa al reconstruir eso mismo que la guerra destruyó: la comunidad, las redes de apoyo, la solidaridad, la dignidad, el tejido social.

Porque para Haoussou, *“no se trata de política, sino de beneficiarse a ustedes, a su colectivo, a su comunidad (...) De prevenir que las cosas que nos pasaron a nosotros no le pase a nadie más”.*

Es hacer una revolución desde el eco que producen las miles de voces de las víctimas unificadas por un bien común.

Esa colectividad, esa red que logró construir Haoussou, le permitió desarrollar acciones, soluciones y recomendaciones enmarcadas en el enfoque centrado en los sobrevivientes.

Ese enfoque, según Haoussou, empieza por *“ceder el poder, (por) trasladar el poder de la élite a los sobrevivientes”.*

En ese momento Haoussou miró fijamente a las víctimas y les dijo de forma contundente: *“Es importante que ustedes se vean como los expertos en identificar qué necesitan para ser atendidos, para ser reparados”.*

Conocer sus problemas y construir colectivamente sus soluciones y recomendaciones fue la estrategia que Haoussou consolidó a través de su red y la que le permitió alcanzar la justicia que tanto necesitaba.

La voz de la colectividad le permitió pasar de víctima a sobreviviente y convertirse en vocero o en champion, cuya misión es erradicar la violencia sexual de los conflictos armados alrededor del mundo.

Sin duda, Haoussou se impresionó al ver a tantas víctimas reunidas en un mismo espacio. Le emocionó escucharlas, conocerlas y aprender de ellas.

El clima extremo de la sabana cordobesa, que acompañó los dos días del taller, no impidió a las víctimas colombianas encontrar en Haoussou a un hermano que les demostró que la justicia está al alcance de lo colectivo.



Misión de Verificación
de las Naciones Unidas
en Colombia



“Las víctimas de violencia sexual de Colombia son mis hermanas y mis hermanos” dice activista kosovar Shyhrete Tahiri

Lo último que le dijeron las más de 60 víctimas de violencia sexual a la activista kosovar Shyhrete Tahiri es que “te queremos mucho”, “te admiramos”, “eres nuestra guía” y “tiene que volver a Colombia”.

Y no era para menos.

El jueves 15 y el viernes 16 de junio pasados, en Montería, la capital del departamento de Córdoba, Tahiri se robó el corazón de las víctimas de la Costa Caribe que llegaron a escuchar su historia y a recibir sus consejos.

“Ser víctima de violencia sexual no es fácil”, fue lo primero que les dijo Tahiri a las mujeres y hombres víctimas de violencia sexual que la escucharon con atención en un amplio salón del monteriano hotel Santorini Loft.

Entonces, a renglón seguido, una de las víctimas le preguntó a Tahiri cómo había hecho para vencer los fantasmas de la violación de que fue víctima en su natal Kosovo, en 1999.

Su respuesta fue sencilla: “Trabajar por las víctimas de violencia sexual” porque, según dijo, “con (ese propósito y con) el tiempo el dolor no es el mismo y es más llevadero”.

De acuerdo con la defensora de Derechos Humanos, es importante entender por parte de las víctimas que “la vida es corta, que no podemos cambiar el pasado, pero sí el futuro (...) El miedo es fuerte, pero tenemos que ser más fuertes que el miedo”.

Y, tras ese comentario, el aplauso no se hizo esperar.

El sábado 17 de junio, muy temprano, y cuando se aprestaba a salir para el aeropuerto Los Garzones de Montería, Tahiri atendió al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

¿Cómo fue el episodio de violencia sexual sufrido por usted en su país?
En 1999, en la época de la guerra en Kosovo, yo traté de escapar con mis hijas, pero había seis soldados afuera (que la agredieron sexualmente). Eso

sucedió en Gjilan. Yo estaba con mis dos hijas. Una tenía cuatro años y la otra dos.

¿Los casos de violencia sexual eran comunes en Kosovo?

Antes nosotros vivíamos muy bien en Kosovo. Nosotros no teníamos ese tipo de problemas y menos ese tipo de situaciones de violencia sexual.

¿Cuándo se convierte en una activista reconocida mundialmente?

Yo fui la segunda mujer de mi país en declarar todo lo que me había pasado. En 2019 declaré que fui violada por soldados serbios en la guerra de Kosovo.

¿Fue muy dramático para usted el momento en que declaró en el tribunal contra los soldados que la agredieron sexualmente?

A mí me prepararon muy bien con psicólogos antes de intervenir en el tribunal. En Canadá –donde reside actualmente– también recibí atención profesional, pero no fue tan buena como la de Kosovo. Los terapeutas de Canadá, en realidad, no habían vivido la guerra de Kosovo.

¿Por qué termina usted en Canadá?

Yo terminé en Macedonia en un campamento con mis tres hijos (dos mujeres y un hombre) y mi esposo. De allí toda la gente se estaba yendo para otras partes. Fue Naciones Unidas la que escogió que yo me fuera para Canadá.

¿Aún siente odio por sus victimarios?

Sí, sí siento odio por ellos.

¿Cómo se puede superar ese odio?

Yo nunca lo voy a superar hasta que los criminales sean encontrados, sean capturados, paguen por lo que me hicieron y vayan a la cárcel. Cuando eso pase, me podré liberar del odio. Yo tengo mucha rabia (con los violadores) por las cosas que me hicieron.

Todos los humanos tenemos dos partes: una parte positiva y otra parte negativa. Yo soy muy positiva, amo mucho y tengo mucho amor en el corazón, pero cuando se trata de injusticias reacciono (negativamente).

¿Recuerda algún caso de una víctima que la haya conmovido en su calidad de activista?

Aunque no la conocí, escuché el caso de una niña de siete años que fue asaltada sexualmente. Su historia me conmovió mucho.

Las víctimas de Colombia la ven a usted como a una heroína...

Yo las amo. Me sentí muy aceptada por las víctimas. Las víctimas de violencia sexual de Colombia son mis hermanas y mis hermanos.

¿Siempre ha sabido de Colombia?

Yo amo la historia y leído cosas sobre la historia de Colombia. Principalmente he sabido de Colombia por los medios de comunicación, pero los medios de comunicación no siempre dicen la verdad. Yo esperaba una cosa de Colombia y me he encontrado con otra.

¿Qué esperaba y qué encontró?

Mi hija, la del medio, es muy chistosa. Cuando le comenté que venía para Colombia me dijo: “Mamá, prepárate y consigue un arma”. “No, cómo se te ocurre”, le respondí (risas).

Sí tenía cierto miedo por lo que se escucha en los medios (sobre Colombia), pero después de varios días aquí me he dado cuenta de que tiene gente muy hermosa. El país también es muy bello. Estoy feliz de haber tenido la oportunidad de estar aquí, en Colombia.

Me imagino que había oído hablar de Colombia por García Márquez, por el fútbol, por el ciclismo...

Amo el fútbol colombiano: James, Falcao. Desde pequeña me ha gustado el fútbol y desde esa época he oído hablar del fútbol colombiano.

¿Usted tenía claro que muchas mujeres colombianas fueron abusadas sexualmente durante el conflicto armado?

Yo supe de la situación de las mujeres de Colombia por lo que me había contado Pilar Rueda (asesora de la Dirección de la Unidad de Investigación y Acusación), pero nunca había conocido a una sobreviviente –aparte de Ángela Escobar (coordinadora nacional de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales).

Me he dado cuenta aquí de que las sobrevivientes tienen mucho dolor, no solo porque fueron víctimas de violencia sexual, sino porque muchas de ellas fueron secuestradas por grupos al margen de la ley.

¿La conmovió la historia de María, la chica víctima de violencia sexual que dijo que jamás había tenido un día feliz en su vida?

Cuando eres una sobreviviente y ves a otra sobreviviente, tú puedes sentir tu dolor, tú sabes por lo que pasó y tu corazón se fortalece. Cuando los sobrevivientes estamos juntos, tenemos una energía que hace que nos alimentemos mutuamente y hace que no nos rindamos.

¿Cuándo va a saber que hizo la diferencia?

Mi corazón me dice que un día voy a ayudar a muchos sobrevivientes. Lo sé en mi cabeza y también en mi corazón. Cuando eso pase, ese día me daré cuenta de que hecho la diferencia.





“Como en mi país, en Colombia puede haber revictimización de otras formas y eso no es garantía para los afectados”: advierte activista Isabel Ceto

Isabel Ceto tiene 36 años, saluda en K'iche, lengua de origen maya, y luego con una sonrisa traduce al castellano su saludo. Fue un cálido mensaje con el que rompió el hielo con las víctimas de abuso sexual y reclutamiento que dejó en el país el conflicto armado.

Además, con las víctimas en Colombia también intercambió detalles de la lucha que ha enfrentado su pueblo –en especial las mujeres– como víctima del conflicto armado en Guatemala.

Ceto estuvo en Cali, el 15 y 16 de junio de 2023, y luego el 19 de junio en Bogotá, en el Seminario Internacional Reparar a las Víctimas de Violación sexual para Superar la Humillación Permanente-Identificación del Daño y Propuestas de Reparación Temprana, que congregó a víctimas tanto nacionales como internacionales.

En entrevista con el grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP, Ceto, quien hace parte de la Red Global de Víctimas y Sobrevivientes en Contextos de Conflicto Armado (SEMA), contó cómo ha sido su experiencia para obtener en su país la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición y cuál fue la impresión que tuvo sobre el tema en Colombia.

¿Quién es Isabel Ceto?

Yo soy una mujer del pueblo Maya. Vengo de la ciudad de Guatemala.

¿Cómo ha sido la vida de Isabel Ceto?

Un poco complicada, ya que venimos de una familia de escasos recursos, sobrevivientes de la violencia que se vivió durante el conflicto armado de

Guatemala, en la que el objetivo primordial era eliminarnos como pueblo. Afortunadamente sobrevivimos. Entonces el pueblo sigue vivo y ahí seguimos en la lucha.

¿Por qué en el conflicto querían eliminar a su pueblo?

Por intereses políticos y partidistas. Nuestro pueblo tiene riquezas. Tenemos ríos, tenemos montañas, el lugar en el que vivo es todo verde y lamentablemente hay empresas que tienen interés en esas riquezas con dos megaproyectos de hidroeléctrica que instalaron y que están funcionando.

¿En qué consistieron los ataques de los que ha sido víctima su pueblo y su familia?

El cuerpo de las mujeres de mi familia y de mi pueblo ha sido usado como arma de guerra. Ellas fueron violentadas sexualmente. En nombre de ellas les traigo su voz a las mujeres de Colombia, porque vengo en representación también del Centro para la Acción Legal en Derechos Humanos, donde yo colaboro en el Centro para la Acción de Derechos Humanos que tiene la sede en mi pueblo.

Las víctimas en mi país también fueron las familias desplazadas de sus territorios y tuvieron que huir a las montañas, a otros países, para poder sobrevivir y escapar de la guerra que azotó al pueblo Maya. A lo largo del conflicto hubo 45.000 desaparecidos. Hay familias que los siguen buscando. También murieron 5.000 niños. Entonces, muchos sobrevivientes de la guerra en mi país no han podido obtener alguna reparación y se están muriendo sin conocer cuál es la decisión final en sus procesos.

En Colombia, el Acuerdo Final estableció que debe haber verdad, justicia, reparación y no repetición para las víctimas. ¿Cómo ha sido ese proceso en Guatemala?

También ese es el principal objetivo de los sobrevivientes: luchar para demostrar la verdad. En Guatemala se ha demostrado, a través de la sentencia del 10 de mayo del año 2003, que sí hubo genocidio. Fue la primera sentencia en todo el mundo de este tipo que causó un gran impacto.

Pero lamentablemente también en mi país hay mucha confusión, porque el responsable no pagó su crimen. Sí, estuvo preso, pero de ahí lo sacaron, porque hay intereses para que no se sepa todo. Entonces los sobrevivientes y organizaciones sociales siguen en la lucha por preservar la verdad y la memoria, como el Centro para la Acción Legal en Derechos Humanos o el Museo de la Casa de la Memoria.

¿Eso cómo lleva a la reparación para las víctimas?

Es muy triste que se pueda perder nuestra historia, porque dice el dicho que si olvidamos nuestra historia, estamos condenados a repetirla. La no repetición no se está garantizando. Sabemos que hay interés de mover a muchos pueblos de sus tierras. Por eso, la no repetición no se está dando. Quisiéramos que para nuestros hijos, en las escuelas, se pudiera implementar algún curso y que fuera parte del pensum y es que les permita conocer la historia.

Muchas veces se piensa que la reparación a las víctimas es algo material, como el dinero. No, la reparación es que les enseñen a los muchachos, a los jóvenes, la historia, que se les cuente la verdad. La verdad es parte de la reparación.

¿Qué ha podido percibir en su diálogo con las víctimas en Colombia?

No se debe normalizar lo que se ha vivido, porque eso, al final, no garantiza la verdad. Tampoco nos garantiza la vida. Las víctimas aquí tienen muchas experiencias que contar, pero no se puede ver como algo normal a la violencia, a las guerras o a los conflictos. Eso es lamentable. El Estado debe garantizar que se llegue a la verdad, porque si no se está creando otro problema.

¿Cuál es el mensaje que les deja a las víctimas en Colombia?

El mensaje es que debemos seguir luchando por todas esas vivencias que hemos tenido como pueblo. Yo sé que de alguna manera llegamos a un momento en que ya no queremos avanzar, pero les digo que hay que seguir adelante para que las nuevas generaciones no vuelvan a vivir lo que pasó y que no se repita. Que no tengan que vivir toda la violencia que vivieron nuestros padres y nuestras madres.





La decisión de vivir: un testimonio que nos impulsa a seguir adelante

“Son tantos hechos que contar (...) que no sé cuál de todos lastima más, porque quedaron no solo huellas en el cuerpo, sino en el alma”: Hilda Osorio, víctima de violencia sexual de Antioquia.

La violencia sexual en el marco del conflicto armado ha destruido proyectos, familias, comunidades y vidas. Ha dejado un sinnúmero de historias dolorosas. Muchas de ellas cargadas de rabia. Otras de tristeza y de amargura.

En Colombia, de acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV), hay 39.821 eventos sobre *“Delitos contra la libertad y la integridad sexual en desarrollo del conflicto armado”*.

No obstante, por el miedo y el estigma cultural, hay un alto subregistro, entre otras cosas, porque no se denuncia este tipo de violencia atroz.

Naciones Unidas estima que por *“cada violación denunciada en relación con un conflicto, hay entre 10 y 20 casos que se quedan sin documentar”*.

Al respecto, Kata Rendón, víctima que lidera el Grupo Focal de Mujeres Trans de Violencia Sexual en el Conflicto Armado*, dijo en entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación que, precisamente, una de las consecuencias de su hecho victimizante fue el rechazo.

En su concepto, *“el impacto que me dejó la violencia sexual en aquel tiempo fue el rechazo social, el rechazo estudiantil y en el hogar”*, porque, según sus palabras, este crimen no solo afecta a la persona que sufre el hecho sino a todo su entorno.

En tanto, Dora Elsy Muñoz, otra víctima de violencia sexual, explicó que, aunque el miedo se convirtió en una barrera, lo usó como herramienta para derribarlo.

“Ese miedo me hizo tan fuerte que pude llegar a las comunidades más vulnerables”, agregó. El miedo *“me hizo darme cuenta de que había otras mujeres que habían sufrido y que necesitaban una voz”,* añadió.

“Más allá del miedo está la libertad”, enfatizó.

Cuando las víctimas de violencia sexual se reúnen (como en el taller regional desarrollado por la UIA en Medellín) quedan millones de aprendizajes.

Es un crecimiento personal y para la comunidad. Las víctimas unen sus voces en una sola para construir memoria y exigir justicia y verdad, pero, sobre todo, se unen para trabajar con un propósito: que la violencia sexual no vuelva a tocar el cuerpo de ninguna persona sin importar su género, su raza, su identidad o su edad.

Justamente, en el taller regional que se realizó en la capital antioqueña, cerca de 40 mujeres de diferentes zonas del departamento compartieron sus memorias e intercambiaron sus experiencias con Grace Acan.

Ella es una sobreviviente que tuvo que soportar la brutalidad de Lord’s Resistance Army (LRA) en Uganda y que hoy en día es miembro de SEMA, la Red Global de Víctimas y Sobrevivientes para Terminar con la Violencia Sexual en Tiempos de Guerra.

Fue un espacio muy emotivo del que quedaron varias reflexiones.

Para Yolanda Perea, defensora de los derechos de las víctimas de

violencia sexual en el marco del conflicto armado en Colombia, reunirse con víctimas nacionales e internacionales es un ejemplo de que la violencia sexual pasa en todo el mundo.

“No solo nosotras (aquí en Colombia) hemos sido afectadas. En otros países también han sufrido la guerra, la violencia sexual, como la hemos vivido nosotras y eso nos permite juntarnos”, indicó.

También diferentes participantes se refirieron a la *“Injusticia testimonial”*, un término acuñado por Miranda Fricker, una reconocida filósofa inglesa que hace referencia a la falta de credibilidad en las historias y narrativas de las mujeres víctimas de violencia sexual.

Sobre el tema, Hilda Osorio, de la Mesa Distrital de Medellín, observó que para el mundo las víctimas son invisibles, pero *“cuando queremos hacer nuestro hecho visible, no nos creen, nos dicen mentirosas”*.

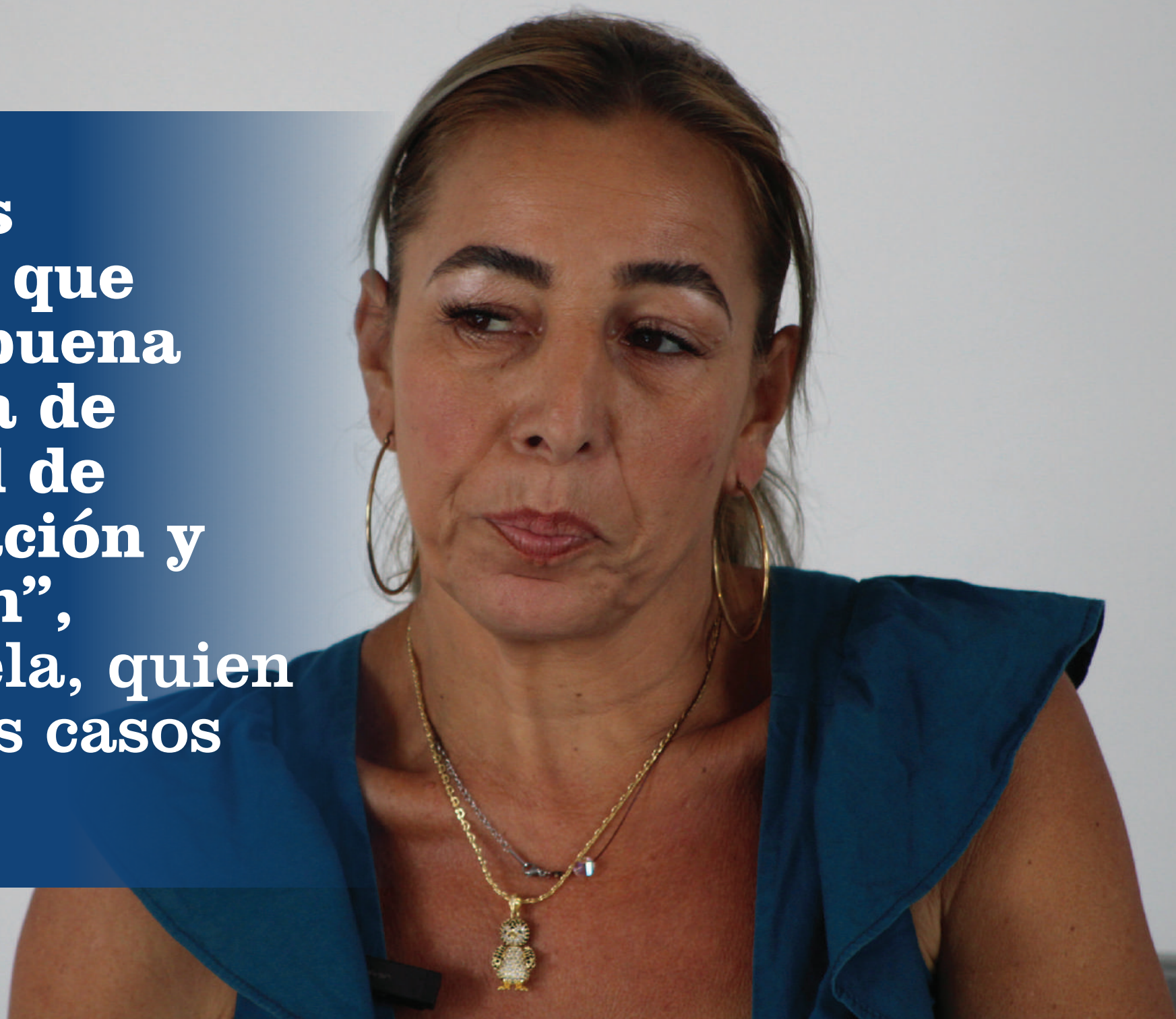
Luego de dos días de compartir y de profundizar en diferentes temáticas expuestas por la Unidad de Investigación y Acusación – como las investigaciones restaurativas, la identificación del daño y las reparaciones tempranas– quedó resonando en todas las mujeres el mensaje de una de sus compañeras que, luego de escuchar la historia de Grace, tomó la vocería para decir:

“La decisión está en cada una de nosotras. Debemos tomar la decisión de vivir. Tenemos que ponerle fin a lo que nos pasó y tomar la decisión de vivir”.

* Los grupos focales son una estrategia de la Unidad de Investigación y Acusación a través de la cual se busca materializar la centralidad de las víctimas y los enfoques de género, diferencial y territorial para garantizar una interlocución permanente con las víctimas, promoviendo y apoyando su empoderamiento.



“Víctimas sentimos que hay una buena respuesta de la Unidad de Investigación y Acusación”, dice Ángela, quien sufrió tres casos de abuso



La vida de Ángela Valderruten está signada por seis hechos victimizantes del conflicto armado, entre ellos el asesinato de su padre –crimen que ella y su familia presenciaron– y las tres veces que fue víctima de abuso sexual por integrantes de grupos armados ilegales.

Hoy, Ángela hace parte de la Mesa de Víctimas de Santander de Quilichao, Cauca, y dice que ha llegado el momento de que a ellas, las víctimas, les reconozcan su condición, la labor que han realizado como mujeres y, finalmente, que haya un proceso de reparación integral por todo lo que han tenido que atravesar –como una respuesta positiva de parte de la sociedad.

Oriunda de Palmira, Valle, Ángela cuenta que por allá, a inicios de la década de los 80, su padre decidió adquirir una finca en zona rural de Corinto, Cauca, para trasladarse con su familia a esa región del suroeste colombiano.

“Corría el año 81 y yo tenía siete años. Mi padre era agricultor, sembraba cebolla, tomate de árbol, lulo y por eso hizo un negocio por esa finca. Soy la tercera de siete hermanos, seis mujeres y un hombre, que nos ha tocado sufrir demasiado,

por ser víctimas del conflicto armado”, explica Ángela en entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Y agrega que, desde el momento en que su familia llegó a Corinto, a su padre lo empezaron a asediar los milicianos de un grupo armado ilegal que en ese entonces se movía por esa zona del país.

Todo estaba relacionado con la ubicación de la finca –que quedaba en la región conocida como El Palmar– en esa zona en disputa por causa del conflicto armado.

“Mi padre contrató a un mayordomo, un tipo que era desafiante, que no le gustaba cumplir con las labores que le encomendaban. No sabíamos que era un colaborador de un grupo armado ilegal. Fue ese hombre, llamado Gabriel, quien, en 1985, terminó por asesinar a mi papá: le disparó al frente de nosotros y nos dijo que no le importaba que lo sindicaran del crimen, porque él estaba respaldado por la gente de esa zona”, asegura Ángela, hoy de 48 años.

Los Valderruten no solo perdieron al padre de la familia, sino que también se vieron obligados a salir desplazados de Corinto. La madre de Ángela, junto con ella, sus hermanas y un trabajador de confianza huyeron hacia Palmira en donde tenían una pequeña parcela, herencia por línea materna.

Sin embargo, a los pocos meses allí enfrentaron otra pesadilla. Una madrugada le llegó a la casa un grupo de hombres armados.

“Eran paramilitares. Se movilizaban en dos camionetas blancas. Estaban encapuchados y uno de ellos, el que parecía ser el jefe, nos anticipó que nos iban a matar a todos. Recuerdo cómo lloraba mi madre y les suplicaba que no nos hicieran nada, que le explicaran porque nos iban a matar. Yo estaba sentada en una cama, aterrorizada, y trataba de consolar a mis dos hermanas, una de cuatro años y la otra que aún no caminaba”, relata Ángela.

En ese entonces –añade Ángela– ella tenía 13 años y el que daba las órdenes se quedó mirándola fijamente y luego le ordenó que saliera con él de la habitación. “Me sacó de la casa, me llevó por los lados del lavadero y empezó a decirme que me tenía que dejar (abusar sexualmente) si quería salvarles la vida a mamá y a mis hermanas”, recuerda.

Cuenta, además, que luego de ser abusada, ese mismo hombre quería asesinar a su familia y al trabajador que los acompañaba, pero que otro hombre sin identificar –que repentinamente llegó al lugar– evitó que los mataran y ordenó a los encapuchados que se marcharan.

“Mi madre nunca supo lo que me ocurrió esa noche. Jamás pude contárselo. Ella siempre creyó que ese tipo me llevó afuera de la casa para interrogarme, porque llegó diciendo que nosotros éramos guerrilleros”, anota Ángela.

Entonces, Ángela hace una pausa en su relato y adopta una expresión reflexiva mientras que dirige su mirada a un punto fijo, pero con aire de estar observando hacia el pasado.

“En apenas unos meses nos mataron a mi papá, salimos desplazados, vivimos la pesadilla de esa madrugada en que nos iban a matar y, con mi inocencia de niña, me tuve que enfrentar a la tragedia del abuso por parte de ese hombre”, reflexiona.

Luego retoma su relato y recuerda que cuando tenía 16 años volvió a ser víctima de abuso sexual. Ocurrió cuando asistió a ver la presentación de unos cantantes de música popular, durante unas festividades en Corinto.

“En el concierto estaba la guerrilla. Me acuerdo tanto que al cantante le apuntaron con un arma en la cabeza y le hicieron cantar como 10 veces una canción que a ellos les gustaba. Eran como las 3:00 de la mañana y fui al

baño. A la salida me estaba esperando alias ‘Alexander’, un comandante de las (otrora) Farc muy conocido en esa zona que lo mataron como a los tres meses. Ese hombre me atacó y abusó de mí. Pasaron muchos años para que mi familia se enterara de lo que me ocurrió esa noche”, dice el relato entrecortado por el llanto de Ángela.

No obstante, no fue esa la última vez que tuvo que enfrentarse a una tragedia de ese tipo. Cuando tenía 22 años y ya era madre de un niño, otro integrante de un grupo armado la secuestró y abusó de ella.

Sostiene que todo empezó cuando ella fue a un establecimiento de comidas del corregimiento de San Pedro, en Corinto. En ese lugar se le acercó un miliciano y le dijo que el jefe se había fijado en ella. “¿Jefe? Será el jefe suyo, porque mío no es”, le respondió al tipo.

Pero lejos estaba de terminar su pesadilla. La acusaron de haberse apropiado de un dinero que abandonaron en el sitio y le dijeron que debía presentarse ante el jefe para dar explicaciones. Un miliciano en moto la recogió y la llevó hasta un caserío.

“Me llevaron hasta una casa, donde estaba el tal jefe, un tipo alto, de pelo largo y barba, que usaba sombrero de tela alón y botas de caña alta. En ese lugar fui víctima nuevamente de abuso sexual. Lo del robo fue una excusa para secuestrarme y violarme”, apunta Ángela.

Ese otro violador –advierte– fue asesinado en 2020 cerca de Miranda, Cauca. “Con solo recordarlo, me da miedo. A ese hombre siempre le tuve pavor”, asegura.

Tras el Acuerdo Final sellado entre el Gobierno nacional y las hoy desmovilizadas FARC, Ángela se organizó con otro grupo de mujeres víctimas del conflicto armado en el sur del Valle del Cauca y en el norte del Cauca, en busca de que se les restituyan todos sus derechos y una reparación integral.

“He sido víctima y a veces me siento culpable. Eso se lo he dicho a todas las autoridades con las que he hablado. Tenemos para compartir nuestra experiencia con quienes lo necesiten. Es un trabajo de mucha paciencia, pero es por el reconocimiento”, observa.

También afirma que ha sentido el respaldo para las víctimas con el trabajo que hace para ellas la Unidad de Investigación y Acusación.

“Es esperanzador. La gente (o las víctimas) siente que hay una buena respuesta (de parte de la Unidad de Investigación y Acusación). Eso es excelente, es esperanzador”, concluye.



En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación.*

Revista Virtual